

Caza, masculinidad y ambientalismo en los montes misioneros.

Brián G. Ferrero.

Cita:

Brián G. Ferrero (2008). *Caza, masculinidad y ambientalismo en los montes misioneros. IX Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Misiones, Posadas.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-080/410>

Caza, masculinidad y ambientalismo en los montes misioneros.

Brián G. Ferrero¹

1) Introducción.

En los últimos años se observa una significativa transformación en las técnicas de la caza en el área rural en la provincia de Misiones. En particular la práctica de la caza con perros ha ido disminuyendo notablemente, lo que es interpretado por pobladores, cazadores, funcionarios e inclusive miembros de ongs ambientalistas, como debido al aumento de los controles oficiales. Estos controles son llevados a cabo por miembros de los cuerpos de gendarmería nacional y de guardaparques, dentro de los bosques, aunque los principales puntos de control se encuentran en las rutas, donde se revisan vehículos buscando armas, perros, y presas de caza. Los cazadores despliegan diversas artimañas para ocultar al máximo esta práctica, las armas se esconden de bajo de los asientos, o se ocultan junto a las presas en la parte trasera del vehículo debajo de verduras, carne de cerdo, que simulan transportar para vender, a su vez los grupos de cazadores parten de noche para no ser vistos por sus vecinos, y tratan de estar siempre al tanto de los horarios y lugares donde habrá controles.

Es en este contexto que la caza con perros se practica cada vez menos puesto que los canes implican una alta visibilidad. Durante la caza, los grupos de cuatro o cinco perros se lanzan a buscar a sus presas penetrando al monte con ladridos que son escuchados hasta a varios kilómetros. A su vez, estos animales denuncian al cazador en los controles en la ruta ya que no se pueden ocultar en las camionetas, y cualquier conocedor del tema distingue a los perros de caza, también la cría de estos en las chacras, indica la presencia de un cazador.

En detrimento de la caza con perros, se ha comenzado a privilegiar la “caza de espera”, que se desarrolla de manera silenciosa dentro del monte, en una situación donde prevalece es el

¹ CONICET. Universidad Nacional de Misiones.

sigilo del cazador, quién permanece camuflado en el follaje esperando que su presa se ponga a tiro. De esta manera se da un cambio entre dos tipos de caza que se presentan como opuestas. Mientras la caza con perros se realiza en grupos de cazadores, y lleva a tomar de la naturaleza una mayor cantidad de animales, con una baja selectividad, la caza de espera se desarrolla en solitario y en silencio, y el cazador selecciona con precisión la presa, lo que para ellos implica cierta protección y control de las poblaciones de animales.

Este cambio en la técnica elegida por los cazadores, se relaciona con diversos factores, por un lado con la disminución de las poblaciones de animales silvestres, que implica una caza más selectiva. Por otro lado, con el aumento de los controles oficiales, lleva a desarrollar estrategias para disminuir las posibilidades de ser descubierto y la puesta en práctica de técnicas más fáciles de ocultar. Pero consideramos que el actual predominio de una forma de caza sobre otra, no puede ser reducida a una evaluación de mayor eficiencia técnica para evitar controles, o seleccionar la presa. Sostenemos que la elección no se puede limitar a razones prácticas, sino que también está vinculada a un cambio de actitud de los cazadores frente a la naturaleza. Consideramos que la expansión de prácticas, discursos, y agentes ambientalistas en la zona rural de Misiones, no sólo ha llevado a una mayor presencia de agentes de control ambiental, también ha participado en transformar la lógica en que los pobladores rurales se relacionan con la naturaleza.

Proponemos pensar esta transformación en la forma de relacionarse con la naturaleza términos de cambio de una actitud depredatoria a otra paternalista. En estos tipos actitudes, la sociedad humana se piensa separada y por fuera de la naturaleza, en una diferencia cualitativa y jerárquica entre el mundo social y el natural (sobre esto ver: Pálsson (1996), aquí los hombres se consideran amos de la naturaleza, pero la diferencia sustantiva entre ambos radica en que el primero explota y extrae elementos de la naturaleza como si estos estuvieran a su disposición, mientras el segundo tiende a algún tipo de protección². Con el

² Otra tipología es propuesta por Pálsson (1996), para quien los estudios de la relaciones entre sociedad y naturaleza deben ubicarse en una perspectiva histórica y etnográfica amplia. A partir de pensar la discontinuidad entre naturaleza y sociedad, Pálsson distingue tres tipos de relaciones entre estos ámbitos: orientalismo, paternalismo y comunalismo. En éste último se caracteriza por no establecer un corte ontológico entre el ámbito de la naturaleza y el de la sociedad, sino que entre ambos hay un continuidad (desarrollar algo más esto). Pero “rechazando la separación radical entre naturaleza y sociedad, el objeto y el sujeto, así como las pretensiones modernistas de otredad, certeza y monólogo, y agregando la dimensión de continuidad y discontinuidad, obtenemos el tercer paradigma que denomina comunalismo. Este paradigma sugiere una reciprocidad generalizada en la relación humano-ambientales, invocando los conceptos de contingencia, participación y diálogo” (Pálsson; 1996:66).

aumento de la intervención ambientalista sobre el espacio misionero, se observa que los pobladores rurales parecen reforzar esta lógica, al ubicarse en un lugar de poseedores de capacidades y responsabilidades particulares frente a la naturaleza.

En primer lugar describiremos el contexto de expansión del ambientalismo en la provincia de Misiones, los programas y políticas de conservación de la selva paranaense de la región, y el lugar que en este contexto ocupan los pequeños y medianos productores rurales, localmente denominados colonos. Luego analizaremos las dos técnicas de caza que constituyen el eje de este trabajo. Ambas se vinculan con lógicas diferentes de relación con la naturaleza, que serán analizadas posteriormente, a partir de las representaciones y usos del ambiente por parte de los colonos, donde ocupan un lugar central las ideas locales de fondo y espacio vacío. Posteriormente, veremos cómo es la organización social de la relación con el ambiente al interior del grupo doméstico. Aquí aparecen ocupando un lugar central las nociones de riesgo, peligro y desorden, interviniendo en la relación con la naturaleza, en las relaciones de género y la construcción de la masculinidad y femineidad. El hombre es quien media entre lo social y natural, enfrenta los riesgos, mantiene distante todo aquello que trae peligros naturales y desorden al orden social.

2) Transformaciones en el espacio misionero.

Cambios productivos.

Durante el siglo XX, el territorio misionero cumplió el rol de frontera agraria, esto es un espacio abierto, apto para atraer población en busca de oportunidades de ascenso social. En el proyecto productivo que se proponía para el país, la selva misionera constituía un freno al progreso, y por lo tanto, un espacio sobre el cual se debía avanzar, transformándolas en espacios productivos. Esto se tradujo en el fomento a la colonización por pequeños y medianos productores rurales, primero mediante programas estatales y privados, y posteriormente abriendo el territorio a la colonización espontánea. El actor que movilizó la expansión de la frontera agraria en este espacio inhóspito fue “el colono”, con un tipo de producción que se organiza en torno al trabajo familiar, y en cultivo de perennes (sobre todo yerba mate y té) y caducas (tabaco).

La expansión de la frontera agraria finalizó en la década de 1990, con el agotamiento de las tierras fiscales sin ocupantes. En esa década, diversos factores fueron modificando la economía y la sociedad provincial, dificultando las posibilidades de reproducción social de la pequeña y mediana producción agrícola. Por entonces se intensificaron las políticas neoliberales que implicaron la eliminación de barreras al comercio exterior, así como la retracción del Estado en la regulación de mercados y la oferta crediticia. A su vez se dio un fuerte proceso de concentración capitalista en las etapas de acopio y manufactura de la producción rural, con lo cual perdió valor la producción agrícola, afectando particularmente a los pequeños y medianos productores. Esto tuvo entre sus principales consecuencias la marginalización y empobrecimiento de las familias colonas. Frente a tal situación se implementaron en la provincia diversos programas de desarrollo, tanto oficiales como no gubernamentales, con el objetivo general fue lograr cierta reactivación económica o al menos a permitir la subsistencia de las familias colonas en el campo (Lattuada y Neiman 2005; Baranger y Schiavoni 2005). La mayor parte de tales programas cuentan con componentes de desarrollo sustentable o agroecológico, y promueven la concientización sobre la conservación de los recursos naturales.

De manera conjunta al proceso de empobrecimiento de los productores colonos, durante las últimas décadas también tiene lugar una significativa expansión del sector foresto industrial. Esto llevó a un proceso de concentración de tierras, donde las explotaciones de más de 5.000 has. representan el 35% de la superficie provincial, mientras sólo el 11% se encuentra ocupada por explotaciones de menos de 25 ha (INTA: 2003)³. De esta manera, la provincia quedó dividida en dos grandes territorios, uno forestal, con una fuerte concentración productiva y espacial, donde por ejemplo una sola empresa posee el 8% de la superficie provincial, y otro donde se desarrollan actividades agropecuarias, en manos de pequeños y medianos productores rurales, y se combina un mosaico de áreas de conservación estricta y programas de desarrollo rural sustentable. Este último territorio es un campo de tensiones, alianzas y negociaciones constantes entre productores,

³ Esto formó parte de una política nacional específica donde a partir de 1992, se promulgó un Régimen de Promoción de Plantaciones Forestales, con el fin de ampliar la superficie forestada con especies de rápido crecimiento. También se promovió la forestación con el Plan Nacional de Desarrollo Forestal (1995—99), más tarde reemplazado por la Ley 25.080, que prevé la continuidad de subsidios para plantaciones hasta 2009. El principal impacto de estas políticas se da en las provincias mesopotámicas, siendo Misiones el territorio que viene experimentando el mayor crecimiento del sector desde la década de 1990.

comunidades guaraníes, agentes de desarrollo y agentes conservacionistas (tanto gubernamentales como ONGs).

Surgimiento del sector ambientalista.

A partir de la década de 1980, con el fin de la expansión de la frontera agraria y ante la visión de que Misiones contenía el último remanente continuo de selva paranaense, se comienza a gestar un sector ambientalista bajo la consigna de salvar la selva de forma inminente. Los informes sobre la situación de la selva (Di Bitetti, et.a.: 2003, INTA; 2003, Burkart; 1999) señalan que hasta el siglo XVI, la ecorregión de la selva paranaense se extendía, desde el río Paraguay hasta el Océano Atlántico, abarcando la mitad este paraguaya, parte de los estados del sur de Brasil y la provincia de Misiones en Argentina. Por entonces, esta selva contaba con una superficie de casi medio millón de km², de los cuales actualmente se conserva sólo el 7,8% (Di Bitetti et. al.; 2003). En el caso de Misiones, a partir de fines del siglo XIX y fundamentalmente durante el siglo XX, se deforestó la mitad de sus selvas. A principios del siglo XXI, Misiones cuenta con 1.123.000 ha de selva, lo que representa el 20% de la selva paranaense existente. A nivel nacional y regional se reconoce que la provincia de Misiones contiene la última y principal porción de selva paranaense propicia a ser conservada. Esta situación se debe a que las áreas de selva paranaense de Brasil y Paraguay fueron velozmente transformadas en campos de cultivo, ocupando allí función similar a la que tiene la región pampeana en Argentina, de manera que la región misionera fue un área marginal al resto del país.

En su primera etapa, la expansión del frente ambientalista tuvo por objetivo principal preservar las últimas tierras fiscales con selva antes de que fuesen ocupadas por la producción agrícola, de manera que este frente aparece oponiéndose a la población colona. La política ambientalista que predominó se basó en crear reservas naturales estrictas como forma privilegiada de proteger porciones de la naturaleza, tanto por su belleza, biodiversidad o servicios ambientales, de los efectos de la actividad agrícola, considerando que la presencia humana es opuesta a la conservación de la naturaleza (ver Ferrero 2007a, y 2007)⁴. La política conservacionista que se gestó a partir del año 1988 resultó ser

⁴ 2007a es la tesis, y 2007b es el trabajo del GERD, para una análisis de las concepciones de naturaleza que circularon en el sector ambientalista misionero de las últimas décadas.

particularmente eficaz, resultando en una notable expansión de las reservas naturales estrictas provinciales. Entre los años 1988 y 2004 se pasó de seis a sesenta y ocho Áreas Naturales Protegidas, mientras que la superficie bajo conservación pasó del 2,9% de la superficie provincial al 26%⁵. En 1992 se establece el Sistema Provincial de Áreas Naturales Protegidas⁶, cuyos objetivos explícitos son proteger los diferentes ambientes naturales y las especies de Misiones, para “mantener la diversidad biológica, genética, y los procesos ecológicos y evolutivos naturales”. En tal sentido predomina una visión utilitarista de la conservación de naturaleza, en tanto sus procesos y componentes se valorizan como bancos genéticos, reguladores ambientales y fuentes de materia prima, pero tales servicios que presentan las reservas tienen valor desde la lógica e intereses del sector ambientalista, sin incluir la visión de las poblaciones rurales, vecinas a las reservas, o que han sido expulsadas de las tierras que ocupaban. Previo a esta política ambientalista en el año 1982 se había sancionado la ley que regula la caza de animales silvestres en la provincia (Ley n° 1279, “de conservación de la fauna silvestre”), y prohíbe la caza de todos los grandes mamíferos que previamente eran cazados de manera regular y sobre todo con fines deportivos por los pobladores locales y cazadores de los centros urbanos. A partir de entonces se establecen fuertes sanciones que llegan a la prisión de los cazadores, y se intensifican los controles que pasan a ser realizados por los cuerpos de gendarmería nacional y guardaparques provinciales.

Hacia fines de la década de 1990, se inicia una segunda etapa de expansión del ambientalismo en la provincia (Ferrero; 2006, 2007). Entonces se inicia un proceso que lleva a la integración de las poblaciones locales con la conservación del ambiente. Las estrategias de conservación dejan de tener por objetivo principal incrementar la cantidad de áreas protegidas, y apuntan a establecer lazos entre conservación y producción agrícola, como consecuencia de lo cual se observa una expansión del ambientalismo a nivel de las colonias, así como el crecimiento de su legitimidad entre los colonos.

⁵ Si a esto se agregan las tierras comprendidas por el Corredor Verde Misionero (1999) el área bajo régimen de conservación abarca un 37% de la provincia.

⁶ El conjunto de las reservas naturales creadas fue legalmente consolidado por la Ley de Áreas Naturales Protegidas de la Provincia de Misiones N° 2932 (sancionada en 1992). Hasta entonces la mayor parte de las reservas eran creadas por decreto, lo que las tornaba vulnerables ante cambios políticos o presiones de explotación. Esta Ley, que recién fue reglamentada en 1994, regula el manejo y establece las categorías de las distintas formaciones boscosas y/o paisajísticas dentro de la provincia.

Las dos principales estrategias del sector ambientalista son por un lado, desarrollar una nueva forma de expansión territorial, buscando conectar las reservas existentes, con lo cual se pretende consolidar corredores biológicos que abarcan grandes áreas e integran diversas de situaciones sociales, productivas y ambientales. Por otro lado, se busca la expansión del ambientalismo hacia nuevos sectores sociales, sobre todo incorporando en las actividades de conservación a agencias de desarrollo y a poblaciones locales⁷. En este sentido, la configuración del sector ambientalista a fines de los '90, se caracteriza por contar con una fuerte participación de agencias de desarrollo rural que difunden perspectivas de desarrollo sustentable. Estas agencias permiten que el ambientalismo ingrese a la vida cotidiana de las colonias. Una de las características del modelo que proponen es una producción sustentable, tanto en sentido ecológico como social. Estas agencias a la vez que denuncian y cuestionan el deterioro del medioambiente derivado del modelo productivo basado en monocultivos, también impugnan las formas de distribución de la riqueza social, los procesos de concentración de la tierra y la pobreza. Las principales líneas de trabajo, además de aspecto productivos, persiguen el fortalecimiento organizativo de los productores, que incluye cuestionamientos de las relaciones de producción al interior del grupo doméstico. En términos generales, puede decirse que estas agencias buscan consolidar: una agricultura familiar ecológica, niveles de comercialización local y la organización de los productores con participación de la mujer⁸.

7 Los principales procesos que tienen lugar en este período son: A) el sector ambientalista misionero se hace eco de cambios teóricos mundiales sobre estrategia de manejo de Áreas Naturales Protegidas, que apuntan a integrar a las poblaciones locales en los programas de conservación;

B) cuando en la provincia se agotan las tierras fiscales sin ocupantes, y no hay más tierras fiscales con selva a conservar, se comienza a trabajar en la conexión de las reservas existentes y la conservación al interior de unidades productivas colonas;

C) las agencias de desarrollo rural comienzan a integrar perspectivas conservacionistas en sus programas;

D) el marcado empobrecimiento de los colonos durante la década de 1990 favoreció que muchos productores se sumasen a propuestas de producción sustentable o agroecológica.

⁸ Con relación al último proceso mencionado, la difusión del ambientalismo en el campo misionero se da en el marco de un acentuado proceso de empobrecimiento de los pequeños y medianos productores rurales. El contexto general en que tal proceso tiene lugar se caracteriza por una profundización de políticas económicas de corte neoliberal que implicaron el ingreso de la economía argentina a la globalización, la disminución en el precio de la producción agrícola, la eliminación de las barreras al comercio exterior, la ausencia de políticas crediticias, y la retracción del Estado en la regulación de los mercados. Tales medidas contribuyeron a debilitar al Estado sin que ello implicara mayor eficiencia del sector público (Barsky, 1993). Todo esto se da acompañado por un proceso de concentración capitalista de la producción, manufacturación y comercialización de los cultivos en manos de acopiadores y molineros (particularmente es el caso de la yerba mate, té y tabaco), que controlan los precios de la materia prima y generan mayor dependencia de los productores pequeños y medianos. Por su posición marginal en el mercado y por el bajo o nulo nivel de capitalización, las explotaciones agrícolas no han podido hacer frente a las fluctuaciones de los precios, ni han

De manera que durante los años '90, los pobladores rurales que previamente se habían visto excluidos de la conservación, comenzaron a ser invitados a participar en proyectos de desarrollo bajo consignas ambientalistas de desarrollo sustentable y agroecología. Vale aclarar que no todos los colonos que participan de este tipo de propuestas comparten planteos ambientalistas; tal como decía un poblador de colonia Primavera en San Pedro, “lo que yo más quiero es volver a hacer yerba como antes, pero si me dicen que haga ovejas en yerbales, lo hago, ¿qué voy a hacer sino?”. A su vez, si bien los programas de desarrollo rural han permitido cierta reactivación económica, no son suficientes para revertir la situación de crisis que afecta al conjunto de la población.

3) Caza con perro y caza de espera.

Entre los pobladores rurales de Misiones, la caza de animales silvestres se practica fundamentalmente con fines recreativos, sin constituir una opción productiva. Tan sólo la caza de jagaretés mantiene una finalidad productiva, puesto que se la realiza cuando se considera que uno de estos grandes felinos está atacando al ganado. En general la caza se practica con baja frecuencia dado que implica un gran esfuerzo en la espera y búsqueda de las presas, como en el evitar los controles oficiales; por ejemplo el más asiduo cazador de colonia Unión, caza en promedio dos fines de semana al mes, mientras el resto de los cazadores entrevistados lo hace una vez al mes, o cada dos o tres meses. De manera que se practica en aquellos días en que no se trabaja en la chacra, en particular los domingos (día considerado “de descanso”, y dedicado a actividades sociales, religiosas y deportivas), los feriados (patrios: 25 de mayo, 9 de julio; y religiosos: durante semana santa, navidad, y el 1° de enero).

Las dos técnicas de caza que se desarrollan en la región son la caza con perros y la caza de espera. Ambas técnicas se practican tanto en los montes al interior de las chacras, en latifundios forestales, como en Reservas Naturales, siendo esto último lo menos común

logrado revertir las consecuencias del proceso de concentración capitalista acentuado en las últimas décadas. Una de las principales consecuencias de tal proceso en Misiones, ha sido la marginalización y empobrecimiento de las familias colonas.

En este contexto los productores comenzaron a mostrar mayor receptividad hacia los diversos programas de desarrollo rural propuestos por agencias ya sean estatales como no gubernamentales, entre los que se encontraban propuestas de desarrollo que venían acompañadas por discursos ambientalistas. A su vez agencias que previamente trabajaban con un perfil conservacionista comenzaron a incorporar entre sus actividades programas de desarrollo en que participan pobladores rurales.

puesto que implica el riesgo de ser aprehendido por los guardaparques. Cuando se caza en latifundios forestales, pueden distinguirse dos modalidades de incursiones. Por un lado las incursiones de una sola jornada, en que los cazadores ingresan en solitario o en pequeños grupos entre dos a cinco personas. Por otro lado, mucho menos frecuentes son las incursiones de varias jornadas, en general no más de tres o cuatro días, donde los cazadores, en grupos de tres o cuatro, instalan campamentos de tiendas de lonas entre los árboles, aunque el momento de la caza luego es solitario.

Caza con perros

En la práctica de la caza con perros el cazador debe contar con al menos entre dos y cinco canes criados con ese fin, y de razas consideradas aptos para la caza, de cuerpos estilizados, lo cual les permite adentrarse en el monte, y ágiles en la carrera, de manera que puedan perseguir venados o pecaríes. La caza con perros se desarrolla en equipos donde participan al menos dos cazadores. Lo común es que se decida qué se va a cazar a partir de los rastros encontrados en el monte, según la presa que se esté siguiendo habrá variaciones en esta técnica. Si se encuentran rastros de venado, se comienza a seguirlos con los perros, mientras otro se adelanta a esperar a la presa en lugares abiertos hacia los cuales se supone se dirigirán los animales, tales como claros del monte o en arroyos y cursos de agua. Mientras que en la caza de jabalíes, pecaríes, chanchos del monte y tatetos, el cazador suelta a los perros para que se larguen a perseguir a la presa, cuando esta encuentra una madriguera donde guarecerse los perros se quedan ladrando en su entrada, señalando al cazador dónde ésta se oculta (Ibarra 2007).

La caza con perros puede considerarse una técnica depredatoria, donde la caza se presenta como una forma de recolección (a partir de Hell; 1996), puesto que aquí el cazador es poco selectivo, y cuando se topa con grupos de animales, como venados o tatetos, quiénes finalmente eligen qué individuo atrapar son los perros; en general el elegido es el más débil, por estar enfermo, ser muy viejo o muy joven, o encontrarse en estado de gestación.

Actualmente la caza con perros se encuentra estigmatizada entre los pobladores rurales. Por un lado se la critica por ser una técnica muy ruidosa, donde el cazador se pone en evidencia durante el momento de la caza, cuando los perros invaden el monte con

ladridos que llegan a escucharse a kilómetros de distancia, como durante el traslado de los perros hacia las zonas de caza, y finalmente en las chacras donde se cría a los canes. Los pobladores refieren que hasta hace unas décadas era común ver por los caminos rurales camionetas llevando perros, pero actualmente se considera que esto es exponerse a un riesgo considerable. La disminución de las poblaciones de animales silvestres también explica la decadencia de esta técnica, en tanto al es poco selectiva.

Pero también existe otro conjunto de razones que llevan a los cazadores a alejarse del uso de perros, estas tienen que ver con el surgimiento de una actitud y valores conservacionistas que se hacen presentes en la zona rural a partir de las últimas décadas. Por un lado se considera que la presencia de perros “arisquea” a los animales salvajes⁹, alejándolos de los montes donde se cazó con canes. También se considera que al ser menos selectiva, esta técnica lleva a una rápida disminución de las poblaciones de animales salvajes. En tal sentido se levantan proclamas ambientalistas según las cuales el uso de perros no permite la conservación de la fauna, poniendo en riesgo la permanencia misma de la caza.

Por otro lado, se ha comenzado a considerar que esta técnica no contribuye a crear y fortalecer determinados valores de la sociedad colona. Los valores que predominan en el uso de perro tienen más que ver con la fuerza física, con avanzar indiscriminadamente sobre el ambiente, entrar al monte y llevarse todas las presas que se encuentren sin importar tanto sus características; más allá de que exista la idea de trofeo, esto es animales machos de gran tamaño o buena cornamenta. Mientras que actualmente entre los colonos adquieren creciente valor el conocimiento específico del ambiente, y la falta de miedo, el aguante y el coraje individuales. Estos elementos se relaciona con la creación de masculinidad, lo cual será ampliado más adelante. Tal como señala un viejo cazador de la región:

“Una de las cosas que no sirve de la caza con perros, es que si uno lleva un perro, le larga, él busca un bicho, le corre, le lleva hasta el agua o lo que sea, y uno lo único que hace es esperar que él haga todo el trabajo, y uno solo mata. Eso hoy esta mal visto, antes no, pero hoy cuando llego al monte yo quiero encontrar una frutera y esperar, y aunque no mate nada igual uno queda contento, no se si es

⁹ Según un poblador del Depto San Pedro: “(cazar con perros) *no es bueno, porque arisquea* (convierte en ariscos) *a los bichos* (animales presas), *y ellos son muy bichos* (expertos), *y si quedan ariscos no vuelven más al lugar*”. (C1:127).

porque estoy viejo, pero el solo hecho de estar en el monte, ya me cambia el ánimo...” (cita extraída de Ibarra, 2007: 74)

La caza de espera

Con la decadencia de la caza con perros, toma cada vez mayor fuerza la caza de espera. Si la primera puede ser pensada como una forma de recolección, la caza de espera tiene más que ver con una forma de cosecha¹⁰, puesto que implica una alta selectividad de las presas, a su vez que se considera que hay una intervención del cazador sobre las poblaciones de animales silvestres para no agotarlas, los cazadores se reconocen manejando a estas poblaciones en su densidad demográfica. En tal sentido se presenta una actitud paternalista hacia la fauna silvestre, en tanto se pretende se cuidado y conservación.

Este tipo de caza se realiza primero detectando lugares a los que van a comer los animales salvajes, estos lugares son denominados “*cebas*”, “*saleras*” y “*fruteras*”. Las “*fruteras*” son árboles de frutas silvestres que se encuentran en el monte y que son frecuentados por la fauna. La “*ceba*” y la “*salera*” son creadas por los cazadores, la primera se logra dejando siempre en un mismo lugar del monte cereales, frutas y mandioca, para que los animales silvestres se acostumbren a frecuentar el sitio para alimentarse. Las “*saleras*” consisten en botellas colgadas de árboles de las que gotea agua salada. La sal es muy apetecida por venados, tatetos, pacas, pecaríes, chanchos del monte, por lo cual estos animales acostumbrarán a frecuentar el lugar.

En cuanto se dispone de una “*frutera*”, *ceba* o “*salera*”, el cazador arma arriba de un árbol, un “*girao*” o “*sobrado*”, una especie de banco hecho con varas y lianas, desde dónde ve el lugar frecuentado por los animales salvajes. Allí el cazador permanece sentado, vigilando todo movimiento o sonido en el entorno. Los relatos de cazadores subrayan el esfuerzo que implican estas incursiones de caza, donde deben resistir en silencio, buscando pasar desapercibido frente a los animales, casi inmóviles durante largas horas de espera (que en general no más de ocho), solo, en posiciones incómodas, con limitaciones para moverse, sin hacer ruidos, y muchas veces sumergido dentro de nubes de mosquitos y jejenes. Cuando aparece un animal y se encuentra a tiro, el cazador dispara su rifle. Luego, haya dado en el blanco o no, abandona el *girao* por algunas semanas, puesto que se considera

¹⁰ Ver Hell; 1996

que hay pocas posibilidades de que el lugar pronto vuelva a ser frecuentada por la fauna salvaje.

Para los colonos, la caza de espera se presenta como más respetuosa del medio ambiente, en tanto se la considera menos depredatoria ya que da al cazador mayor opción de seleccionar la presa. En esta técnica, los cazadores tienen la sensación de estar participando en el control de las poblaciones de animales silvestres, seleccionando las presas, controlando sus territorios y comportamiento, y dejando descansar determinadas áreas luego de varias incursiones. En esta forma de intervención sobre el ambiente para los cazadores juega un rol preponderante determinadas cualidades, que son valoradas por ser constitutivas de la masculinidad. Estas cualidades personales que se valoran son tener coraje, aguante, soportar la soledad, la falta de miedo, el enfrentamiento individual con la presa, la resistencia al frío, al calor, a la noche cerrada, y a las nubes de mosquitos, así como las destrezas al internarse en ese otro mundo que es la selva, la capacidad para moverse allí con sigilo, en silencio, con movimientos suaves. También se exalta la puntería, el reconocer la dirección del viento y usarla a favor para evitar ser oído por las presas, conocer los mejores lugares de espera, de qué frutas se alimentan distintas especies, el conocimiento del comportamiento de la fauna silvestre, reconocer huellas y rastros y calcular su antigüedad, y saber seguir a un animal herido. Si bien en la caza con perros aparecen algunas de estas cualidades, lo que sobresale es la fuerza física, la velocidad en la carrera, el adiestramiento de los perros, de manera que si aquella era una actividad más física y de acción en grupo, la de espera es solitaria, de auto-control y concentración.

Esto muestra dos formas de construir masculinidad así como dos maneras de posicionarse en el ambiente, una que podemos considerar depredatoria, donde el cazador se hace notar dentro de la selva, actuando en grupo, abarcando un amplio área e incentivando a sus perros para que ladrando persigan a la presa y otra paternalista donde el cazador busca confundirse con el medio, no perturbarlo, en silencio formar parte de la selva. En la caza de espera se considera que hay un respeto por la naturaleza, que no se debe matar a cualquier animal que se cruce en el camino, en esta existe una idea de equilibrio de la naturaleza, que el hombre debe respetar, la selva no está a su servicio, sino para extraer de ella presas de forma calculada, considerando que así respeta a la naturaleza. La tarea del hombre ya no es dominar para someter al otro natural sino dominar para gestionarlo y protegerlo. Pero

ambas actitudes frente a la naturaleza deben verse en un continuum, no como etapas que se suceden, sino como formas de actuar, donde una predomina sobre otra¹¹.

4) Distancia entre sociedad y naturaleza.

Tanto la actitud paternalista como la depredatoria consideran a la naturaleza como cualitativamente diferente y opuesta a la sociedad, pensándola en términos de un “otro” no humano. Ambas posiciones implican una necesaria distancia frente al otro natural, en un orden donde la sociedad humana ocupa un lugar jerárquicamente superior. Son diversos los mecanismos que crean oposición entre ambas. Uno consiste en imponer una distancia espacial, relegando la naturaleza a lugares que localmente se consideran “*el fondo*”, que se encuentran alejados de los espacios de la vida social. Otro mecanismo es considerando a la naturaleza como una entidad que posee fuerzas que se oponen a las fuerzas humanas, de manera que la relación entre sociedad y naturaleza cuente con componentes de enfrentamiento e inclusive suele ser pensada en términos bélicos. En esta lógica paternalista, la distancia entre naturaleza y sociedad se presenta en términos jerárquicos, forjando momentos de protección frente a una naturaleza que se considera en inferioridad de condiciones frente al poder y fuerza humana.

La distancia con lo natural no sólo se construye en la caza, sino sobre todo en las actividades cotidianas, en el trabajo agrícola, en la cría de animales, y en las distinciones de género que organizan la vida social. La masculinidad y la feminidad se forjan conjuntamente con la lógica que distingue naturaleza y sociedad. En ambas oposiciones se ponen de manifiesto relaciones jerárquicas, pero ambas distinciones (naturaleza y sociedad, hombre y mujer) no se crean de manera concomitante, sino que las distinciones de género dan base a la lógica con que este grupo social se organiza para relacionarse con el otro

¹¹ La construcción de la masculinidad también se da al interior de los grupos de pescadores, en la competencia entre los tipos de animales que cada uno caza, en tanto determinadas presas otorgan un mayor estatus frente al resto, como cazador y ligado a la virilidad, en tanto muestra de valentía, coraje y experiencia. El *pardo* (el venado de mayor tamaño de la región), el jabalí, el anta e incluso el tigre o yagüareté, conforman esta categoría de animal considerados como trofeo por el valor simbólico que adquieren en la comunidad de cazadores. Los encuentros de cazadores, cuando se reúnen en asados, para organizar partidos, o en los campamentos de caza, constituyen los momentos donde se cuentan historias sobre encuentros con animales, o sobre cómo han sido las presas, y en grupo se construye la figura del cazador experto. Pero también la caza construye masculinidad en tanto es una de las prácticas que delimita el paso de la infancia a la adultez, los niños no cazan, y el hecho de que un joven sea invitado a cazar marca el ingreso a la etapa adulta, a pasar a encontrar pares entre los otros hombres.

natural. Ambos tipos de distinciones paralelas no responden a similares lógicas, sino que cada una de las distinciones participa en crear y fortalecer a la otra. De manera que para comprender la lógica de relación con la naturaleza será necesario dar cuenta de cómo se relacionan entre los géneros.

La selva en el fondo

La selva es el ámbito donde para los colonos se materializa de manera más plena la naturaleza, o lo natural. La selva es aquello que se considera está más distante de la sociedad, ambos constituyen dos mundos separados aunque con múltiples intersecciones. La otredad natural construida por oposición a lo humano, encuentra una dimensión espacial. Localmente, esta distancia se postula en términos de “*fondo*”, como un espacio distante de los asentamientos humanos, y opuesto a los ámbitos de mayor efervescencia social, que genéricamente se denominan “*centro*”. Tanto el *fondo* como el *centro* adquieren sentidos particulares en cada situación discursiva específica refiriendo a distintos niveles territoriales. Existe un “fondo” en relación a los centros urbanos, un “fondo” a nivel provincial, por otro lado cada colonia es el fondo en relación al pueblo más cercano, a su vez cada colonia tiene sus “fondos”, y dentro de cada chacra hay un “fondo” que se distancia de la vivienda que es el centro.

La idea de “fondo” también refiere a una direccionalidad en el movimiento de los colonos en la ocupación del espacio. En dirección “al fondo” se expandió la frontera agraria, por tanto las colonias más antiguas se distinguen de otras más nuevas a partir de clasificar cuáles están más “al fondo” y cuáles más cerca de los centros urbanos. Así mismo, a nivel individual cada colono desmonta su chacra en dirección “al fondo”. Tal distinción es propia de una sociedad que durante un siglo avanzó sobre la selva para transformarla en espacios productivos, de manera que responde a una lógica funcional a una expansión agraria, y también se encuentra presente en las políticas de creación de reservas naturales, en tanto fueron creadas en las selvas que aun se encuentran despobladas, en los “fondos” de la provincia.

El espacio doméstico y el monte.

En las chacras, la oposición naturaleza sociedad se construye con la misma lógica que separa *fondo* y *centro*, pero presenta ámbitos intermedios. De manera que las chacras pueden pensarse organizadas en tres espacios fundamentales: el doméstico, el productivo y el no-productivo; cada uno señala mayor o menor cercanía a naturaleza y sociedad, encontrándose los espacios productivos en una posición intermedia. El doméstico, es el espacio netamente humano, donde hombres y mujeres mantienen un permanente control de lo que acontece. El espacio no-productivo es el fondo, donde reina la naturaleza, donde el hombre se siente más desprotegido, donde impera un orden que si bien puede llegar a ser conocido por el colono, no es su mundo, éste comprende al monte y la capuera. El productivo es un ámbito en transformación, donde los colonos buscan imponer su orden, transformando el monte en cultivos y potreros. Pero aquí también la naturaleza avanza, por lo cual éste se constituye en un campo de lucha entre fuerzas contrarias.

Dentro de la chacra, el espacio doméstico funciona como un centro, conformado por la vivienda, habitada por el grupo doméstico, y el entorno de ésta: el gallinero, la huerta, el chiquero, el horno de pan, el baño, y en algunos casos el brete de ordeño. En las chacras la distinción entre ámbitos social y natural, se cruza con distinciones entre lo masculino y femenino, seguridad y peligro, control y riesgo. El doméstico es un lugar de seguridad, donde la mujer es el actor privilegiado, mientras el hombre es quien se mueve en el espacio más inseguro, el monte, puesto que es el menos socialmente controlado. Las mujeres son quienes se ocupan de la atención cotidiana de los hijos, de las tareas al interior de la vivienda, así como de alimentar a las gallinas y chanchos, del manejo de la huerta, el gallinero y el ordeño. En este ámbito, los hombres desempeñan unas pocas tareas, clasificadas como masculinas, que a diferencia de las tareas femeninas, no se encuentran pautadas en cuanto a los momentos en que deben realizarse, las mismas tienen que ver fundamentalmente con la reparación de artefactos o de la estructura de la casa, gallinero, huerta, etc. El resto de las tareas que desarrollan los hombres en este espacio se califica como “ayuda” o “colaboración” al trabajo femenino, de manera que en la división de tareas entre hombres y mujeres no existe oposición, sino complementariedad.

La división de tareas en el ámbito doméstico también se relaciona con un trato diferencial con los animales. El tipo de animal con que se relacionan hombres y mujeres en la chacra está pautado mientras que los animales que manejan las mujeres son las aves de

corral y las vacas para ordeño, los hombres manejan el resto de los animales (vacunos, ovinos, equinos), y que a excepción del porcino, se crían fuera del ámbito doméstico. La única tarea que los hombres realizan de manera sistemática en el ámbito doméstico, es el manejo del ganado porcino, puntualmente el carneo de chanchos y lechones, lo que suele realizarse cada mes o dos meses, durante fines de semana. Esto se desarrolla en un clima festivo, ya que suele implicar la visita y colaboración de amigos y parientes, lo que reafirma su carácter de acontecimiento extraordinario. El chiquero se encuentra cerca de la casa, y la cantidad de animales con que cuenta varía según cada chacra; se puede considerar que cuanto menos porcinos se poseen (una cantidad mínima habitual son dos o tres animales grandes), más integrado está el chiquero al espacio doméstico, mientras que si el productor se especializa en la cría de cerdos y cuenta con algunas decenas, los chiqueros estarán más alejados de la vivienda familiar. Cuanto más importante es la cría de porcinos entre las actividades del jefe de la chacra, más distante del espacio doméstico se desarrolla la actividad.

En oposición a lo que sucede en el ámbito doméstico, el rozado es un espacio que se considera de *trabajo* masculino, donde el trabajo de la mujer es clasificado como *ayuda*. Ésta es prestada al hombre y en circunstancias particulares, sobre todo cuando son escasos los brazos masculinos, o en los períodos de cosecha y atado del tabaco, por ejemplo cuando apremian los plazos para la entrega de la producción. Inversamente a lo que sucede en el ámbito doméstico de la vivienda y los espacios cercanos, donde es el hombre quien *ayuda* a la mujer, mientras ella *trabaja*.

El doméstico es un espacio de seguridad, de protección, donde se pretende que los peligros externos al grupo doméstico estén controlados, son pocos los acontecimientos que aquí escapan a la observación del colono. Si el monte constituye un espacio de escaso control humano, por oposición, el doméstico es un espacio de alto control, del que se aleja todo lo que venga del monte, ya que es considerado peligroso. El control se extiende a quienes trabajan en este espacio, siendo las mujeres las más sujetas al mismo en esta sociedad rural, lo cual le agrega otra cualidad a la distinción entre *centro* y *fondo*. Todo lo proveniente del monte representa un peligro para el ámbito doméstico y para la mujer, por tanto buena parte de los esfuerzos del grupo doméstico se destinan a controlar las malezas y animales salvajes que constantemente acechan el hogar. Entonces se observa un sistema

que distingue por un lado a la mujer, y a los hijos pequeños -los otros habitantes de la casa que están bajo su responsabilidad- en el espacio doméstico, que es un centro donde se pretende impere la seguridad y los riesgos queden por fuera. Mientras por otro lado, el monte es el lugar al que sólo accede el hombre ya que aquí imperan los peligros, y el colono considera que sólo puede ejercer control al desmontar. El hombre aparece mediando entre los dos ámbitos, enfrentando los peligros que puedan venir del *fondo* y afectar el orden doméstico.

Pero evitar que el orden natural desordene el orden social no sólo es tarea masculina, aquí también hay una complementariedad de funciones entre los géneros, puesto que la mujer es la encargada de enfrentar el desorden en el ámbito doméstico, manteniendo en buen estado la huerta y el gallinero, limpiando el jardín de malezas, conservando la casa ordenada. De manera que mientras el hombre enfrenta un desorden puertas afuera de la vivienda, la mujer lo hace predominantemente puertas adentro. Pero el enfrentamiento abierto con lo no-social en el espacio de lo natural, queda en manos del hombre.

Los animales del monte constituyen uno de los principales peligros que acechan a la vida doméstica. No es raro que los colonos se levanten a mitad de la noche armados al escuchar algún ruido de animales del monte (comadrejas, y en menor medida pumas y yagaretés) merodeando la vivienda, el gallinero o el chiquero. Así mismo, las víboras se consideran absolutamente indeseables en las inmediaciones de éste espacio, mientras que en los otros lugares de la chacra son consideradas presencias esperables. En cierta ocasión caminando por un sendero dentro del monte con un colono y su hijo pequeño, éste último vio una víbora en la vegetación, todos nos detuvimos y el niño fue a buscar una piedra para matar al reptil, cuando regresó con la piedra la víbora se había escabullido en la vegetación. El colono y su hijo no buscaron al animal para matarlo (algo que podrían haber hecho sin demasiada dificultad) consideraron que esta ya no representaba un peligro y se encontraba en su ámbito, el monte. Algunos meses después en el patio de la casa de esta misma familia, apareció el rastro de una víbora, la familia buscó al reptil durante largo tiempo hasta encontrarla entre trastos viejos cerca del chiquero y matarla. La diferencia de actitudes no sólo radica en que la presencia de una víbora en las inmediaciones de la vivienda implica mayores posibilidades de que alguien sea picado, sino que también hay

una distinción entre ámbitos, que implican diferentes valoraciones de peligro, y por tanto diferentes comportamientos.

En el espacio doméstico también la vegetación es altamente controlada, y no se permite que crezca cualquier planta. En torno a las viviendas, en general se encuentra el patio, una extensión de tierra sin vegetación que media entre la casa y el resto de la chacra; la poca vegetación que suele haber en este espacio está compuesta por plantas ornamentales con flores, en canteros, es decir en un espacio muy delimitado, y algún árbol del que se busca sombra, por lo cual éste cobra gran valor en la vida cotidiana, ya que se los usa en las horas de descanso y de mateada en reuniones familiares. En la galería de ingreso a la vivienda, es común encontrar plantas ornamentales, creciendo en macetas hechas con envases usados y latas, en general prolijamente pintados. El otro lugar en el ámbito doméstico donde hay plantas es la huerta, donde también los vegetales se cultivan en orden estricto y controlado. Las plantas que crecen de manera espontánea en la chacra se denominan de manera genérica y peyorativa: “capuera”, “plaga” o “yuyo”, y se las considera una invasión del monte sobre el espacio doméstico. El trabajo de cultivo, riego y el cuidado de que aquí no crezca maleza, o “plagas” entre estas plantas, es realizado por las mujeres.

Por lo visto hasta aquí, podemos comprender que el monte se presenta como un lugar al que la mujer en lo posible no debe acceder. Muchas mujeres diestras y conocedoras de la mayor parte de las tareas de la chacra, y que han vivido toda su vida en el campo, manifiestan “no entrar nunca al monte”, por ser éste es un lugar “peligroso” o porque “no es lindo para andar”, ya que se considera hábitat de alimañas, víboras, arañas, uras, etc. Sólo el hombre puede correr los riesgos del monte, los peligros de alejarse de lo social y entrar en la naturaleza, el hombre sería aquel que siendo un ser social, puede intermediar entre los dos ámbitos. El monte es un espacio al que el hombre no imprimió un orden, y por tanto su tarea es mantener alejados de la vivienda los peligros provenientes de éste. De manera que es trabajo masculino mantener la distinción entre naturaleza y sociedad, como ámbitos cualitativamente distintos y opuestos, dos extremos de una clasificación básica del mundo. Tal como veremos más adelante, esta es una infructuosa tarea condenada al fracaso, puesto que el monte permanentemente avanza. En parte esto se resuelve estableciendo puentes, espacios de conexión entre los dos ámbitos.

La naturaleza como “fuerza”.

Durante la expansión de la frontera agraria, así como en el trabajo agrícola cotidiano, la relación con la naturaleza se plantea en términos bélicos, como una lucha por transformarla o como una lucha detener su avance lo cual es vivido por los colonos como un enfrentamiento incesante, y forma parte central de la actitud depredatoria frente al medio. Los colonos se posicionan como poseedores de una fuerza contraria a la de la naturaleza, y como si su deber fuese controlarla, e inclusive transformarla, dándole a su trabajo diario un componente moral. Estas fuerzas llevan a que la naturaleza permanentemente amenace invadir los espacios socializados. Los colonos sienten el deber de controlarla, ya que ésta es una fuerza que “ensucia”, que se muestra contraria a lo social y “civilizado”, a lo limpio y ordenado. Esto se evidencia tanto en los relatos sobre cómo se hacen los rozados, en las menciones a la permanente invasión de malezas, en la búsqueda de nuevos pesticidas más potentes, como en los relatos de la colonización de la región, donde los primeros colonos son presentados como “héroes civilizadores”, quienes lucharon contra el “infierno verde”. Como expresa con ironía un poblador de colonia Unión: “*nosotros ya nacimos para tumbar, vemos un palo en pié y ya lo macheteamos*” (C1: 57).

Para los colonos misioneros, la naturaleza también se presenta como fuerzas o energía vital cuya principal cualidad radica en la tendencia a expandirse y ocupar todos aquellos espacios que han sido transformados por el hombre. Si bien muchos colonos se refieren a la naturaleza como una creación divina, los acontecimientos naturales se piensan como fuerzas estables e inmanentes, no como caprichos de una entidad superior. Estos se explican en términos científicos, utilizando conceptos como “leyes” “*procesos ecológicos*” o “*creación de biodiversidad*”. Esta visión de la naturaleza se corresponde con una mirada moderna que participa en desencantar la naturaleza y a naturalizar el ambiente. Según Brandao (1997), el desencantamiento de la naturaleza está dado en la mirada economicista y científicista, que la evalúa y describe en términos de recursos a explotar, y analiza sus procesos en términos de leyes naturales; lógica que puede considerarse heredera de la tradición cristiana occidental, y de la visión científica de la naturaleza. Pero para los colonos, las leyes naturales, no sólo son aprehensibles por el conocimiento científico, sino que también consideran que la experiencia de “vivir en el monte”, del trabajo constante en

la chacra, también otorga conocimientos profundos sobre el medio. En tal sentido se observa cierta competencia entre el conocimiento local frente al científico. Es común que los colonos deslegitimen al conocimiento de expertos, funcionarios o científicos que circulan por el área impulsando programas de desarrollo o proyectos conservacionistas, postulando que el conocimiento que ellos portan es sobre todo teórico y ajeno a la experiencia de vida en el lugar.

5) Conclusiones.

El cambio en la preponderancia de la caza con perros a la caza de espera, no puede ser reducido a una mayor eficiencia tecnológica dada en la reducción de las posibilidades de ser descubierto. En tal sentido es necesario no caer en explicaciones deterministas, ya que no se puede reducir la elección de una determinada técnica a un factor de eficiencia, esto no explica la diversidad de formas de cazar una misma especie en todo el mundo. En nuestro caso la elección por la caza espera no termina de explicarse tan sólo por la búsqueda de reducir riesgos, puesto que la mejor opción para evitar ser atrapados sería directamente abandonar la caza. "En consecuencia la tecnología de caza desarrollada por una sociedad particular debe ser entendida en relación con un conjunto complejo de factores históricos, sociales y culturales". (Rival; 1996:187).

Entre los colonos misioneros en la caza tampoco puede explicarse sólo a partir de fortalecer una lógica de relación con la naturaleza donde esta se presenta como otro no social, que presenta fuerzas, peligros y desornes que ponen en riesgo a los grupos sociales, y donde le cabe al hombre enfrentarlos, con lo cual en las formas diversas de interacción con la naturaleza se construyen las distinciones de género. La elección de la caza de espera también señala un cambio de actitud frente a la naturaleza, que hemos denominado paternalista para distinguirla de otra depredatoria. Esto no sólo se hace presente en la caza, sino también en los nuevos sentidos que adquieren por ejemplo las porciones de monte que se conservan dentro de las chacras o las técnicas agrícolas de conservación de suelos o de reducción del uso de agroquímicos. Consideramos que tal transformación se explica por la confluencia de diversos factores ligados a la expansión del ambientalismo en la región. Con este se hacen difunden discursos, programas productivos, legislaciones y controles ambientalistas que son resignificados de manera particular por los pobladores locales,

cobrando sentidos en los discursos y las prácticas que no siempre se corresponden con los otorgados por las agencias ambientalistas y de desarrollo. De manera que la opción por la caza de espera se hace presente en tiempos de escasez de fauna, cuando no tiene sentido salir con perros si hay baja población de animales salvajes, pero también cuando se incrementan los controles oficiales, y finalmente cuando los colonos comienzan a incorporar valores ambientalistas y sin dejar de cazar, toman una actitud paternalista frente al monte y su fauna.

En el campo misionero, el ambientalismo es uno de los elementos que interviene en la transformación de la preponderancia de una técnica de caza sobre otra. Pero el ambientalismo no se hace presente de manera directa, sino que intervienen redefiniciones de la lógica colona de relación con la naturaleza, y de la construcción de masculinidad. Esto abre a la pregunta acerca de la relación entre ambientalismo y masculinidad. Consideramos que esta relación se da en tanto los colonos adoptan una posición paternalista frente a la naturaleza, una posición de intervención transformándola de manera limitada, sin considerarla un esfera destinada a ser sometido. Los colonos no han abandonado la distinción cualitativa entre naturaleza y sociedad, ubicándose en una posición jerárquicamente superior, pero ahora al menos en el ámbito de la caza, con la responsabilidad por protegerla, gestionarla, mantenerla. Si el hombre es quien media entre naturaleza y sociedad, el ambientalismo entra al mundo colono por la puerta de la masculinidad, así como la masculinidad se recrea frente al ambientalismo.

Bibliografía.

- BARROS, Flavia. LESSA de; 1996. "Ambientalismo, globalização e novos atores sociais". En *Sociedade e Estado* XI (1): 121-137.
- BARSKY, Osvaldo y GELMAN, Jorge; 2001. *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta finales del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo.
- BERTONATTI, Claudio; CORCUERTA, Javier; 2000. *Situación Ambiental Argentina 2000*. Fundación Vida Silvestre Argentina. Buenos Aires.
- BRANDAO, Carlos RODRIGUES; 1999. *O afeto da terra*. Campinas, S.P.: Editoria da Unicamp.

BROSIUS, J. Paul; 1999. "Engagements with environmentalism". En *Current Anthropology*, vol. 40, n° 3.

BURKART, Rodolfo; 1999. "Conservación de la biodiversidad en bosques naturales productivos del subtrópico argentino", en Matteucci, S.; Sobrig, O.; Morello, J.; Halffter, G. (eds.) *Biodiversidad y uso de la tierra. Conceptos y ejemplos de Latinoamérica*. Buenos Aires: Eudeba.

DESCOLA, Phillipe; PÁLSSON, Gisli; 1996. *Nature and Society: Anthropological perspectives*. London: Routledge.

ELLEN, Roy, & D. FUKUI (eds.); 1996. *Redefining nature: ecology, culture and domestication*. Oxford: Berg.

FERRERO, Brián; 2005. La selva en disputa. El desarrollo de cosmografías agraria y ambientalista en la provincia de Misiones. Tesis doctoral. Universidad Nacional de Misiones. inédito.

_____. "Territórios ambientalistas e identidades rurales. El caso de los colonos de Misiones, en el noreste argentino". *Interações. Revista Internacional de desenvolvimento local*. N° 11 (setembro 2005) Campo Grande: Universidade Católica Dom Bosco.

_____.; 2005. "Estudio de la gestión territorial y de los recursos naturales, de la población del Área de Influencia de la Reserva de Biosfera Yabotí – Argentina-. Buscando alternativas para un desarrollo local sustentable en torno a una Reserva de Biosfera". Sitio web UNESCO :

www.unesco.org/MAB/awards.htm

GIRAUDI, A; ABRAMSON, R; 1998, *Usos de la fauna silvestre por los pobladores rurales de la selva paranaense de Misiones: tipos de uso, influencia de la fragmentación, posibilidades de manejo sustentable*. Boletín Técnico 42. Fundación Vida Silvestre Argentina.

IBARRA, Crispulo, 2007. Los cazadores de la provincia de Misiones. Argentina. Tesis de Licenciatura. Carrera de Antropología Social . Universidad Nacional de Misiones. inédita.

INGOLD, Tim; 2000. *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge,

LATTUADA, Mario y NEIMAN, Guillermo; 2005. *El campo argentino. Crecimiento con exclusión*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

- MILTON, Kay; 1996 a. *Environmentalism and Cultural Theory*. London: Routledge.
———. (ed.); 1996 b. *Environmentalism: The view from anthropology*. London, New York: Routledge.
- RIVAL, Laura, 1996, "Blowpipes and spears". In *Nature and Society: Anthropological perspectives*. London: Routledge.
- SCHIAVONI, Gabriela; 2004. "El campo del desarrollo rural en Misiones". En *Actas del VII Congreso Argentino de Antropología Social*, Villa Giardino.
- ; 1996. *Colonos y ocupantes*. Posadas: Editorial Universitaria UNaM.